

hecho todo lo posible para evitar el que se derrame la sangre cristiana, y no puedo hacer en este momento otra cosa mas.

Lo que habia hecho Henrique, era lo que se usaba en esos tiempos de caballería para evitar la efusion de sangre y el sacrificio inútil de muchas vidas preciosas para las familias y para la patria; es decir, enviar un cartel de desafío al delfin de Francia, para decidir, por medio de un combate singular, la justicia de cada uno. El delfin no admitió el reto, y Henrique continuó su marcha.

Al despedir á los heraldos los llenó de atenciones y de cumplimientos, y les hizo un regalo de cien coronas de oro.

Los heraldos se retiraron admirados de tanto valor, de tanta sabiduría y de tanta serenidad como el rey desplegó en una situacion tan difícil y comprometida.

Henrique continuó lentamente su camino, hasta una llanura que estaba dominada por una colina. Cerca de este lugar se hallaba un viejo edificio feudal llamado el castillo de Azincourt.

El condestable de Francia, tan luego como supo la respuesta del rey de Inglaterra, que le fué relatada fiel y puntualmente por los heraldos, reunió todo su ejército y se propuso colocarse en una posición tal que hiciese ó atacar ó retroceder á los enemigos.

El rey de Inglaterra que tenia que llevar ade-

lante su propósito y cumplir lo que habia ofrecido á los heraldos, se dispuso á la batalla. Ocupó la colina dominante y tendió en la llanura sus tropas, divididas en tres secciones. Todas sus fuerzas no llegaban á doce mil hombres.

Los franceses mandados por el condestable Carlos d'Albret, por los duques de Marle, de Alençon y de Falcombery, en número de cerca de cien mil combatientes, se colocaron en frente y á muy corta distancia del campamento enemigo.

El dia se pasó en los preparativos. En la noche el campo francés se iluminó completamente, como si ya hubiera coronado la victoria el valor de los guerreros; cada uno de los gefes y nobles plantó en el campo una tienda suntuosa con su estandarte, y en cada tienda de estas hubo un banquete y la noche se pasó en juegos, en alegría y regocijo.

El campamento de Henrique V presentaba el aspecto contrario; triste, silencioso y sombrío. Los soldados desnudos, estenuados por la hambre, las enfermedades y las fatigas, erraban como unos espectros al derredor de los pocos y medio apagados fogones.

Henrique solo tenia completa confianza en su valor y en su fortuna. Mandó ensillar uno de sus mejores caballos y empleó la noche en recorrer el campo, visitando las tiendas de los oficiales y animando con sus palabras tranquilas y su sem-

blante sereno, á los soldados, que tenian por cierto que aquel campo deberia ser su sepulcro.

Las músicas militares del campo inglés que dieron al viento sus armonías al momento de salir la luz y una misa solemne oída con gran devoción por todas las tropas, infundió fuerza y brio á aquel puñado de hombres perdidos en medio de un país extranjero y enemigo.

Henrique se retiró á su tienda, se entregó un momento al descanso, y despues salió montado en su mejor caballo de batalla y ataviado con una rica y brillante armadura y un casco con una corona en la cimera, en que estaban grabadas las armas de Francia é Inglaterra.

Un momento antes de la acción, recorrió las filas de su reducido ejército y observando que habia algunos oficiales descontentos:

“Todos los oficiales y soldados, les dijo, que quieran separarse del ejército y retirarse á Inglaterra, pueden hacerlo, pues todavía es tiempo. En cuanto á mí, con el auxilio de Dios y los pocos hombres que me queden, estoy seguro de abatir el orgullo de mis enemigos.”

Ninguno de los soldados fué tan cobarde que aceptara la oferta del rey, y por el contrario, todos aseguraron que si no lograban vencer por el corto numero, al ménos morirían valientemente defendiendo los derechos de su soberano y el honor de su país.

Los dos ejércitos así preparados no se atrevían á comenzar la lucha.

Los franceses se sentaron tranquilamente junto á sus armas y banderas.

Henrique tuvo necesidad de comenzar el combate. Sin que los franceses pudieran notarlo destacó dos secciones. Una deberia atacar el flanco izquierdo del enemigo, y la otra incendiar algunas casas y esparcir la confusión y la alarma á la retaguardia.

Esto pasaba en el año de 1415, y se vé que Henrique V guiado solo por su génio, ponía en práctica una maniobra de la táctica moderna.

La acción comenzó. La caballería francesa, cubierta con las pesadas armaduras y sus largas lanzas, puso la espuela á los corceles y se desprendió impetuosa y amenazadora como una gran máquina animada y llena de puntas relucientes de acero.

Los archeros ingleses, impasibles, dejaron acercar la caballería y así que la consideraron á tiro, descargaron sobre ella una nube de flechas. Sintiendo los caballos heridos, se alborotan, se desorganizan, relinchan y corren precipitados, derribando á los ginetes y conduciendo á otros sobre las filas de la misma infantería francesa, que entró en el mas completo desorden. (\*)

(\*) Muchas ocasiones en los encuentros que ha tenido nuestra caballería de línea con las tribus del desierto

Entretanto las dos secciones que habia enviado Henrique comenzaron á obrar y los franceses se vieron rechazados por el frente y acometidos por el flanco y retaguardia.

Entónces, como sucedia frecuentemente en aquellos tiempos, el combate se hizo personal. Quince caballeros franceses, á cuya cabeza se puso el duque de Alenzon, se propusieron con espada en mano abrirse paso y penetrar hasta donde se hallaba el rey de Inglaterra, que se distinguia por el estandarte real y por la corona que hemos dicho, llevaba en la cimera de su casco.

Henrique, mirando á su hermano el duque de Clarence rodeado de enemigos que lo atacaban y acometian, se abre paso con su espada, derriba y mata á cuantos se le oponen; pero llega tarde. El duque de Clarence caía en ese momento sin vida, cubierto de heridas.

Henrique echa una mirada sobre el cadáver de su valiente hermano y vuelve las riendas de su caballo; pero se encuentra rodeado de caballeros franceses que se arrojan sobre él.

Alenzon que está á la cabeza de los franceses, se arroja al encuentro de Henrique con una de esas

que igualan en vigor, en resolucion y en destreza para manejar el arco, á los antiguos archeros, ha sucedido lo mismo que refiere la historia en la célebre batalla de que estamos haciendo memoria.

pesadas mazas que se usaban entónces y le descarga un fuerte golpe que le divide la cimera de su casco y la corona de oro y piedras. Henrique aturcido cae; pero intrépido como Eduardo III y como el Príncipe Negro, sus antepasados, se levanta inmediatamente, recobra el vigor de su brazo y comienza á defenderse. En esto llega un auxilio de caballeros ingleses, y cuando el duque de Alenzon se da á conocer y se rinde, es ya tarde, pues cae sin vida en el campo á muy poca distancia del duque de Clarence.

Miéntas esto pasaba, las divisiones francesas creyéndose rodeadas por todas partes, se desorganizan, vacilan y pierden por fin pié, dando con esto lugar á que la caballería enemiga comenzase la persecucion.

En poco tiempo todos los que no lograron salvarse por una precipitada fuga, fueron muertos ó cayeron prisioneros. En el campo quedaron ocho mil muertos.

Henrique inmediatamente que se acabó la batalla dió solemnemente gracias al Señor por la increíble y completa victoria que habia permitido obtuviesen sus armas, y de los campos tristes y ensangrentados de Azincourt marchó á Calais, dirigiéndose pocos dias despues á Inglaterra, donde fué recibido con las muestras mas vivas de entusiasmo.

Henrique no se retiró del territorio frances sino para volver á él armado con la doble fuerza del

ejército y de la política, porque no solamente era un soldado valiente que sabia manejar con destreza un caballo y esgrimir con fuerza una espada, sino un calculador hábil, discreto y frio, que se proponia sacar ventajas para su país y para su gloria, de los errores y desgracias de la nacion vecina.

La nacion vecina, como se ha dicho, era la Francia.

La Francia entónces no tenia ni la estension de territorio, ni la fuerza, ni la importancia que hoy. Rodeada de pequeños soberanos, cada uno de ellos era un vecino incómodo que daba paso á tropas enemigas, que celebraba alianzas y pactos en perjuicio de la Francia con los soberanos extranjeros, y que muchas veces median sus fuerzas y su poder con el mismo rey de quien eran aliados, parientes ó tributarios.

El gobierno de la Francia en esa época se componia del rey y la reina.

Cárlos VI, que en su primera edad habia sido manso, bueno y pacífico en los dias que mas necesitaba de la fuerza y de la energía, perdió la razon y se le tenia confinado en una habitacion, sin darle no solo parte en los asuntos del gobierno; pero ni aun lo necesario para una miserable subsistencia. La corte de este pobre rey se reducía á Odetta, que era una muchacha del pueblo; pero buena, linda y compasiva como un ángel de los cielos.

Isabel de Baviera, que era la reina, no era loca como su marido Cárlos VI; pero era todavía una cosa peor: depravada.

Así el gobierno de uno de los países mas importantes de la Europa se componia de la locura y de la maldad. La locura sufría: la maldad hacia sufrir.

La Francia, ó mejor dicho Paris, centro hace muchos años de todas las revoluciones, de todos los desórdenes y de todas las ideas buenas y malas que han volado por toda la tierra con el ímpetu y violencia con que se desprenden los vientos del polo del Norte, se dividió en dos bandos; los partidarios de Cárlos, duque de Borgoña, que se llamaban borgoñones, y los partidarios de los condes de Armañac, que se llamaban armañaques.

Cada uno de estos partidos se engrosaba con toda la gente perdida y sin ocupacion que habitaba en Paris y en los puertos cercanos y con toda la multitud de rudos y desalmados aventureros cuya ocupacion era el pillage y la matanza; cada noche en ese Paris, centro hoy de la civilizacion y de los placeres, pero entonces oscuro porque no habia alumbrado, inseguro y triste porque no habia policia, y lleno en sus angostos y tenebrosos callejones de lodo y de suciedades, se encontraban dos ó tres bandas armadas, se reconocian como enemigos, las espadas salian al aire, las campanas de las iglesias cercanas tocaban á rebato, todas las puertas y ventanas

se cerraban inmediatamente y comenzaba una lucha sangrienta y reñida, que no terminaba acaso sino con la luz del medio día. Entonces recogían los cadáveres de los hombres asesinados, que no producían en los dos partidos sino el efecto de encender más y más el odio y preparar la venganza.

Entre tanto Isabel, llena de ardor y de hermosura, pasaba las noches en medio de los vinos, de la alegría y de la música; de manera que dentro del palacio estaban los placeres y la risa, y en la calle la venganza, el llanto y la muerte.

Así, poco más ó ménos, estaba la Francia cuando Enrique V desembarcó segunda vez en las costas de Normandía, pensando ya como hombre de experiencia y como político, que pues que la guerra no tiene más objeto que la paz, debía concluir por un tratado pacífico la obra que había comenzado por una batalla sangrienta.

De las hijas de Isabel, una que como hemos dicho, llamaban en Inglaterra la pequeña reina, se casó con el desgraciado Ricardo II; Micaela se casó con Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Juana con el duque de Bretaña; y María, que profesó de monja en el convento de Poissy.

Quedaba Catarina. Enrique V pidió à Catarina en matrimonio; pero exigía que le dieran cuatrocientas ó quinientas mil libras de dote y la regencia de Francia durante su vida.

Los franceses no consintieron. El orgullo de ese

pueblo que en medio de sus desventuras y desórdenes ha conservado la noble y gloriosa cualidad del valor, se sublevó contra las pretensiones del monarca inglés, que quería para su trono una reina y para la Inglaterra una nación entera, y comenzó á defenderse.

Henrique tuvo que comenzar de nuevo la campaña, y para esto contó con el auxilio de la casa de Borgoña. En pocos días las principales ciudades y fortalezas fueron tomadas por asalto ó por hambre, y los franceses, que tenían valor para asesinarse diariamente en París, no tenían aliento para combatir y arrojar de su patria á los enemigos extranjeros.

Lo único que podía salvar á la Francia, era la hermosura de Catarina. Era su rostro de una encarnación suave y pura; todos los lineamientos de su cara eran espresivos y perfectos. Su cabello, que dividido en dos bandas, daba vuelta por debajo de las orejas formando una onda, engastaba su fisonomía llena de gracia y de espresión. El traje de seda y de brocado, cuya hechura era muy semejante á la que hoy se usa, dejaba advertir en Catarina al mismo tiempo, una cintura delgada y las formas suaves y proporcionadas de las estatuas antiguas.

Con esta diosa del amor, pensó Isabel de Baviera desarmar la energía guerrera é indomable del rey de Inglaterra.

Se provocó una entrevista, se inició un tratado, y el ángel que llevaba la verde y frondosa oliva de la paz, no era otro más que Catarina, que brillante y espléndida como una estrella, le fué presentada á Henrique V.

Hemos dado una idea de la vida desordenada del rey cuando era príncipe de Gales; pero no hemos dicho nunca que esos desórdenes fuesen obra de una pasión delicada y profunda; por el contrario, todas aquellas pobres flores que atrancaba el joven caían marchitas, secas y olvidadas, al día siguiente.

La primera vez que en medio del aparato de la guerra y circundado de la aureola gloriosa que ya lo rodeaba, latió bien y fielmente el corazón de Henrique, fué cuando vió á Catarina.

Habiendo ocupado la mitad de su vida en las tabernas y en la guerra, jamás había fijado su atención en esas mugeres cuyo pecho se levanta y late más fuertemente con la primera palabra de amor, cuya sangre pura y limpia sube á sus mejillas y las enciende con la tinta purpúrea de la rosa, y cuyas acciones y movimientos delicados son dirigidos por la santa y tímida inspiración de la virginidad.

Henrique amó decidida y apasionadamente á Catarina, la sentó á su lado, la dijo mil tiernas palabras y se adelantó á tomar una de sus manos blancas y á llevarla á sus labios, imprimiéndole un beso, que hizo estremecer á la prometida esposa.

Catarina salió de la espléndida tienda de campaña, y Henrique se quedó meditando á solas en la conducta futura que debería seguir.

De un lado veía á Catarina hermosa, poética, como las visiones que se aparecían á los bardos antiguos, en los viejos y solitarios bosques de la Caledonia; y de otro, á una muger de edad, vestida sencillamente, con un rostro pálido, con unos grandes ojos sin movimiento y sin brillo, con una fisonomía fría é indiferente como las estatuas de mármol que se colocan en las tumbas de los reyes.

Eran el amor y la política, personajes enteramente enemigos en el palacio, en la tribuna y en el campo de batalla.

Cuando el amor ríe, la política frunce el ceño. Cuando el amor hace dormir á los reyes debajo de los cortinages espléndidos de brocado, la política se encarga de despertarlos con la mano seca y fría con que ha conducido á las batallas á Federico el Grande de Prusia, y á Carlos XII de Suecia.

Hay sin embargo, organizaciones privilegiadas, que tienen el poder de reconciliar por un momento á estas dos enemigas. Francisco I, Catarina II y Luis XIV, pueden servir de ejemplo.

En la situación en que se encontró el rey de Inglaterra, la política triunfó, el amor vino después; es decir, por el célebre tratado de Troyes se estipuló una paz perpetua entre la Francia y la Inglaterra, á condicion de que Henrique seria regente

de Francia, durante la vida de Carlos VI, y así que muriese, obtendría la corona en toda propiedad. En compensacion el monarca británico aceptaba la mano de Catarina, y se comprometía á mantener en el goce pleno y entero de su libertad á los Parlamentos, á los Pares, á la nobleza y á los ayuntamientos de las ciudades.

Después de esto, se celebró el matrimonio con la mayor pompa y solemnidad, y Henrique, en union de su esposa y á la cabeza de veinte mil hombres, marchó á continuar la campaña y las hostilidades contra las poblaciones que permanecían obstinadas y rebeldes.

Concluidas estas operaciones en muy pocos meses, Henrique y Catarina marcharon á Inglaterra, donde fueron recibidos con un entusiasmo que rayaba en delirio y frenesí.

El pueblo inglés respetaba y quería á Henrique; pero idolatraba sobre todo á la reina, á quien generalmente llamaban en la Gran Bretaña, *Catarina la Bella*.

el mágico espectáculo de la pompa y de los plie-

tes de la vida.

La primera vez que Henrique volvió á Londres,

lo hizo montado en un arrogante caballo y cubier-

to con la armadura que le había servido en la bata-

lla de Artois.

La segunda volvió como representante de

Francia, al lado de Catarina la Bella, y rodeado de

lo mas hermoso y elegante que entonces tenia la

nobleza británica.

La tercera vez, el espectáculo era distinto. Qui-

### LOS TRES HENRIQUES.

eramos á la familia y armaduras y plumas de lu-

to, precedían al rey.

A poca distancia caminaba á

pasó lento un carro fúnebre. Dentro del carro es-

taba tendido un personaje con los ojos cerrados

con los labios entrecerrados y con las manos de

El tiempo y la muerte son los dos enemigos ir-  
reconciliables de las glorias y de las grandezas hu-  
manas.

Todas las esperanzas del rey afortunado y con-  
quistador, se desvanecieron repentinamente, y to-  
dos sus proyectos de engrandecimiento se hundie-  
ron como él en la eternidad y en el polvo del olvi-  
do. Siempre sucede así en la tierra. El momen-  
to en que los reyes piensan en las ilusiones doradas  
de la grandeza, del poder y de las riquezas, es tal  
vez el mismo en que el dedo frio y emponzoñado  
de la muerte convierte en luto y en lágrimas todo